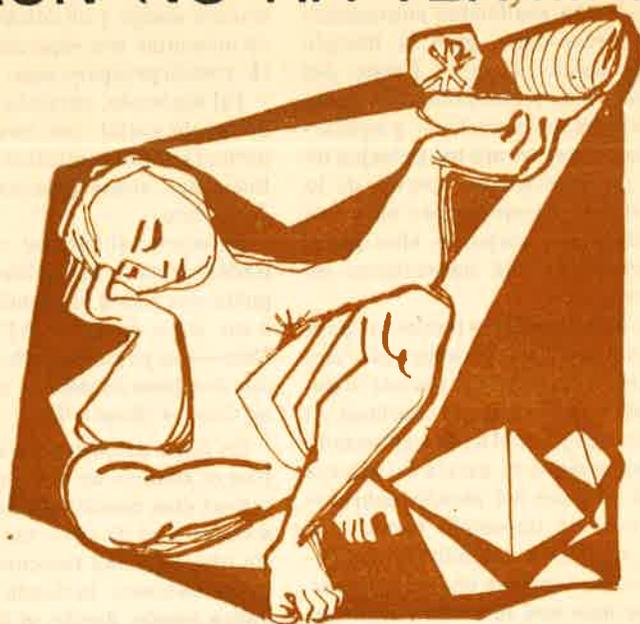


LA RESURRECCIÓN

AÚN NO HA TERMINADO



Manuel Benavides S. I.

El mensaje espiritual que desde el 10 de Abril nos viene repitiendo la liturgia de Pascua, es de una riqueza ascética desbordante.

Por supuesto, también para *el hombre de la calle*, como acertadamente se ha llamado al cristiano que busca su santificación en la vida seglar.

Ascética luminosa, con su estilo propio de exultación y a la vez de serenidad, efecto de una vida nueva.

* * *

El hecho de la resurrección de Jesucristo podemos mirarlo desde fuera y desde dentro.

Si nos ponemos fuera de él, algo así como si contempláramos todos los años la misma película histórica sobre un episodio nacional, es muy posible, casi seguro, que no nos impresione. Una conmemoración religiosa más, que tal vez encienda en nuestro espíritu una momentánea llama de empeño por ser mejores. También la primavera nos hace a todos optimistas. Pero se apaga el cirio que en el presbiterio de las iglesias nos recuerda la noche en que pasamos «del reino de las tinieblas al reino de la luz»... y hasta la próxima Pascua.

Desde luego podemos adoptar esta actitud psicológica de exterioridad, pero sólo ficticiamente; pues la realidad ineludible es que la resurrección de Jesucristo fue un acontecimiento —señalable en la historia con su día y su minuto— y aún sigue siéndolo; tan actual ahora como aquella mañana del pasmo y las sorpresas de las santas mujeres. Y resulta que nosotros, aunque no nos demos cuenta, somos también personajes activos en esta continua historia maravillosa. Porque también nosotros fuimos sepultados con Cristo y hemos resucitado con El. Muerte y resurrección: eso fue nuestro bautismo. Destrucción del pecado en nosotros por la muerte de Cristo y gozosa natividad en el mundo sobrenatural de la gracia, con esperanza cierta de la resurrección total, al fin de los tiempos, en carne gloriosa.

Como a nuestro espíritu, bloqueado por la materia, le es difícil llegar a la inteligencia plena de estas realidades suprasensibles, se nos ofrece como guía la liturgia para llevarnos hasta el centro mismo del acontecimiento de la resurrección de Jesucristo —de nuestra resurrección— y ayudarnos a sorprender desde allí los paisajes insospechados de este mundo nuevo de lo sobrenatural, que no ha sustituido a este otro mundo de lo tangible y corpóreo, sino que le ha dado la posibilidad de ensancharse en horizontes eternos.

Inmersos en esta atmósfera luminosa, para cerciorarnos de que hemos resucitado con Cristo, nos sería indispensable revisar lo humano de siempre: el amor, las lágrimas, el dinero... la muerte, y ver si hemos empezado a cotizarlo conforme a la escala de valores vigente en las aduanas del mundo sobrenatural. Como esto es imposible hacerlo en unas páginas, vamos a prescindir de «las cosas», para fijarnos, con unas breves reflexiones, en lo que más nos interesa revalorar, que es el hombre: como ser social y como ser individual completo (alma y cuerpo). Rescatado para la eternidad el hombre con todas sus posibilidades sobrenaturales, está hecha la redención de toda la vida.

¡Lobos, no: hermanos!

En el reajuste social que todos estamos anhelando, necesitamos devolver a la palabra *convivencia* el sentido afectivo —lo está exigiendo su etimología— de acercamiento, de entrega a los demás. Hasta ahora la habíamos reducido a su significado temporal de *coexistir* en un determinado tiempo y espacio, como coexisten recelosamente tres agentes de comercio que pasan una noche en el mismo hotel.

Este cambio de la coexistencia temporal en coexistencia afectiva nos supone una operación previa: tenemos que desalojar de nosotros al «homo oeconomicus» que todos llevamos dentro, siempre preocupado del buen negocio personal; y acostumbrarnos a no descubrir necesariamente en cualquier prójimo a un enemigo solapado. Esto lo conseguiríamos fácilmente si la experiencia nos persuadiese de que nuestro vecino no sólo no

es un taimado opositor, siempre en acecho de nuestras ganancias, sino, al contrario, un sincero amigo y un colaborador que se afana en aumentar sus riquezas para que el negocio común prospere más.

Tal hipótesis, sin duda utópica en el clima de recelo social que nos hemos creado, es perfectamente realizable, si aceptamos con todas sus consecuencias la resurrección de Jesucristo.

En efecto: al triunfar de la muerte como Redentor de la humanidad, Cristo ha conseguido que todos los hombres podamos llegar a ser hijos de Dios. «*Y si somos hijos de Dios*—son ya palabras de San Pablo—*somos por lo mismo herederos suyos y coherederos de Cristo*» (Rom 8 17).

En otras palabras: Cristo al resucitar nos trae el anuncio de que nuestra vida —estos breves días monótonos con niebla y lluvia y a veces algo de sol— es, sin más misterio y sin otra finalidad trascendente, el viaje que todos estamos haciendo hacia la casa del Padre común, donde, al llegar, se nos repartirá la herencia que en parte ya se nos distribuye en el camino en forma de gracia santificante.

Esta herencia es el conjunto de méritos de Jesucristo, y de todos los que viven en amistad con Dios. De ahí que cuantos más sean los que colaboren en aumentar esta amistad, la herencia será mayor.

La hipótesis de hace un momento, está hecha realidad. Resucitados con Cristo a la vida sobrenatural, ya no nos es lícito —si no queremos obrar contra la luz— considerar a nuestro prójimo como a un cualquiera, menos como a un oculto rival. La lógica de la inteligencia y la del corazón ha de llevarnos a amarle como a un hermano, porque hay en él algo nuestro —también es suyo— que es esa misma vida sobrenatural ganada por Cristo y que desde su Corazón puede llegar a todos los hombres por una red misteriosa de conducciones invisibles.

Esta misteriosa interacción entre todos los que, unidos a Cristo, formamos «el Cristo total» —según la feliz expresión de San Agustín—, es infalible en el mundo sobrenatural de la gracia; pero no cabe duda de que tal actitud de entrega generosa a los «hermanos», también redundaría en el bien-

estar material de la humanidad, pues nos induciría a poner en práctica una ley que hemos dejado oxidarse como chatarra inútil y que nos es imprescindible para componer el desarreglo de la sociedad: la ley de la cooperación.

Después, y sólo después de haber hecho norma de nuestras acciones esta doctrina, podremos aspirar con sinceridad a la *convivencia afectiva*. Si renunciamos a ponerla en práctica, no tenemos derecho a acusar al cristianismo de ineficacia social.

«Vale la pena vivir»

Esta es la consigna que Monseñor Fulton Sheen ha venido inculcando a los ocho millones de norteamericanos que semanalmente admiran en las pantallas de televisión su figura, a la vez severa y bondadosa, y su preocupación por aliviar los dolores de la humanidad.

El raciocinio anterior que nos llevó a cambiar nuestra actitud ante los demás, de recelo en entrega, nos confirma en que a Monseñor Fulton Sheen no le falta razón. Es cierto. En nuestra vida puede haber optimismo.

Mientras retengamos, remansada en el alma, la gracia santificante —esa vida que Cristo resucitado nos ofrece—, tenemos la infalible certeza de que los minutos que perdemos para el tiempo, están fructificando para la eternidad, en una esperanzadora cosecha personal y colectiva. Y este gozo de una constante muerte, irremediable pero fecunda, nadie puede arrebatárnoslo.

Sentir que esa vida divina, operante a la vez en nosotros y en todos los que viven en gracia, hace que toda nuestra actividad redunde en beneficio del género humano, es una satisfacción capaz de lanzarnos al heroísmo y al martirio. Sí, no sólo lo que pesa y duele: el fracaso, el agobio económico, la incomprensión; también la intrascendencia de tantas acciones menudas como se nos caen durante el día, puede contribuir a enriquecer el organismo vital a que pertenecemos.

Otro efecto sorprendente en este metabolismo maravilloso, es que al dar nosotros,

sin perder nada de lo nuestro, se nos reparten los méritos de los demás.

Realmente «vale la pena vivir». Ningún negocio hay tan productivo como «vivir en gracia».

Estamos ante la concepción auténticamente cristiana de la vida. Para el cristiano lo de menos es la circunstancia histórica que rodea su existencia; lo decisivo, lo que le convence de que vale la pena vivir no es el dinero..., sino saber que lo que hace —sea lo que fuere— lo está haciendo con el pulso sano del organismo de Cristo.

Esta concepción jerarquizada: primero lo trascendente, después lo temporal, es lo que da su auténtico valor a la persona humana y es la causa de que en todas las épocas haya santos cristianos con todos los apellidos sociales y profesionales que podamos imaginar: filósofos, esclavos, reinas, comediantes, mendigos, obispos, labradores... así, democráticamente unidos en una tumultuosa manifestación de triunfo ante Jesucristo resucitado que nos dió el poder de transformar la vida humana —todo lo gris y absurda que queramos— en una afanosa ganancia, personal y colectiva, para la eternidad.

No importa la posición social, sino el modo cristiano de realizarla. Y como este «modo» es asequible a todos, pues se reduce a amar a Dios con toda el alma y al prójimo como a nosotros mismos, tenemos que cualquier cristiano, por el solo hecho de serlo y de vivir con sinceridad su cristianismo, adquiere una categoría infinitamente superior a todos los escalafones «humanos».

Para el cuerpo también: ¡Felices Pascuas!

Al recoger el mensaje de regeneración humana que gozosamente nos trasmite la liturgia de la resurrección, sería anticristiano olvidar al cuerpo, que tiene también su exultación en estas fiestas de Pascua. Sin ellas, su destino sería miserable. Dejemos las enfermedades y los achaques. Al desmoronarse ¿qué? Polvo... nada más.

Y sin embargo ante el cuerpo glorioso de Cristo, nuestro cuerpo tiene también dere-

cho a la alegría. En el pregón de vida nueva lanzado por Cristo a los cuatro puntos cardinales y recogido por San Pablo, hay para él unos acentos vibrantes que certifican ese derecho.

No evitará la muerte, es cierto. Pero su desintegración en las entrañas de la tierra, será transformada en gloriosa resurrección «por el poder de Aquél que es capaz de someter a sí todas las cosas» (Phil 3²¹).

Para San Pablo la acción de enterrar el cadáver de un cristiano que murió en amistad con Dios, es una gozosa sementera. Por eso nos dejó escrito: «*Sembrado corruptible, resucitará incorruptible; sembrado en ignominia, resucitará en gloria; sembrado en debilidad, resucitará en poder; sembrado cuerpo natural, resucitará cuerpo espiritual*» (1 Cor 15 42-44).

En el frontispicio del cementerio Norte de Buenos Aires se lee esta inscripción: «Estamos aguardando al Señor ¡Feliz esperanza!

Es pues legítimo que este pronuncio de regeneración estremezca, ya desde ahora, a la pobre carne nuestra, acosada sin descanso por el dolor, la tentación y la muerte.

Este cambio maravilloso, insospechado, es seguro; nos lo testimonia San Pablo.

«*Si el Espíritu del que resucitó a Jesús de entre los muertos, habita en vosotros, Aquél que resucitó a Cristo, vivificará también vuestros cuerpos mortales, por medio de ese espíritu suyo que habita en vosotros*» (Rom 8¹¹). Sólo se pone una condición para que del polvo de nuestros huesos brote una primavera de inmortalidad: que al momento de morir, nuestro cuerpo sea templo del Espíritu Santo.

Una solución a muchos años

¡Terrible contraste! Ese mismo cuerpo, destinado a formar en el espléndido cortejo de los que triunfen con Cristo, puede convertirse, mientras es mortal, en un cómplice del pecado, aunque albergue a Dios.

Para muchos, sobre todo jóvenes, el cuerpo es el principal traidor en su lucha contra el pecado. Algunos, vencidos, hasta llegan a amar sus cadenas.

Abundan, sin embargo, los que no se resignan a la derrota continua, aunque experimenten que día a día el enemigo les va tomando más posiciones. Precisamente por eso y porque ya les fatiga el esfuerzo continuado de la pelea, buscan a veces una capitulación honrosa con su cuerpo. Todavía tienen fe en los pactos de no agresión... y se crean una casuística tan menuda y tan ineficaz como el articulado de algunos tratados de paz modernos.

Como es natural, yo no voy a entrar ahora en esa casuística: la de las miradas y los besos y... ¡qué exagerados son los curas!..., porque no escribo un artículo de moral. Prefiero repetir, como santo y seña para un día de batalla sangrienta, que el cuerpo de un cristiano y de una cristiana, si viven en gracia — y cualquier hombre o mujer puede llegar a ser cristiano y vivir en gracia —, es un templo en que habita calladamente, misteriosamente la 3.^a Persona de la Santísima Trinidad; y que ese cuerpo está escogido para lucir como una lámpara perpetua ante el trono de Dios. Esto supuesto, me permito un consejo que, por ser confidencial, irá en segunda persona: acostúmbrate a mirar el cuerpo de los demás (hombre o mujer) — también el tuyo —, primero con los ojos del alma a través de la claridad purificadora del cuerpo resucitado de Cristo. Después, pueden mirar los ojos de la cara. Y entonces, si la recuerdas, te hará bien esta frase de San Pablo que es también exacta, aplicada al cuerpo humano: «*Si alguno profana el templo de Dios, Dios le destruirá a él. Porque el templo de Dios es santo, y ese templo sois vosotros*» (1 Cor 3 16-17).

* * *

Decía en las primeras líneas que la riqueza ascética de la liturgia pascual desborda nuestra receptividad religiosa. Querer pues agotar la temática que sugiere, sería intentar escribir un tratado sobre toda la ascética cristiana; y yo sólo he pretendido sintetizar las normas elementales, pero imprescindibles para orientarse en el reino del auténtico humanismo cristiano, en el que lo importante es el hombre como ser social y como ser in-

dividual completo. Si tuviera que editar estas normas como las guías de turismo, imprimiría en la portada la siguiente leyenda:

A la entrada de este reino se levanta el arco luminoso de la resurrección de Cristo. Sus habitantes se tratan como hermanos. Lo son. Van de camino hacia la casa del Padre. Las jornadas son a veces muy fatigosas... y

tendrán que morir. Pero marchan alegres porque han recibido, al entrar, una semilla de inmortalidad que ellos cultivan con cariño. Al final, después de los años y los siglos..., más allá de la muerte, se les abrirán las puertas del reino definitivo y empezarán, en cuerpo y alma, un eterno desfile acompañando a Cristo, por quien ellos han triunfado.



Al no distribuir lo recibido, se ensañan con la muerte de sus prójimos, ya que tantos perecen cada día, cuantas son las subsistencias necesarias para la vida de los miserables que ellos retienen escondidas. La razón es que todo lo que nosotros distribuimos para las necesidades de los indigentes no es sino una devolución de lo nuestro. Pagamos más bien una deuda de justicia que hacemos una obra de misericordia.

(San Gregorio Magno, Reg. Past, Parte III, c. 21)